

EM2 / CULTURA

SCOTT FITZGERALD

● «Evidentemente, la vida sólo es un continuo proceso de deterioro»

● De los 18 ensayos reunidos, más de la mitad son inéditos en español

ANTONIO LUCAS / Madrid

Sólo alguien muy capacitado para asumir las claves de su fracaso puede ahormar una sentencia de este calibre sin que lo arrolle el daño: «Evidentemente, la vida sólo es un continuo proceso de deterioro». Francis Scott Fitzgerald (Minnesota, 1896-Hollywood, 1940) vivió según sentencia del tiempo, de su tiempo.

Logró alcanzar la cima del éxito literario (impulsado por un extraordinario talento) y supo caer con igual estrépito hasta la maldición de asistir al acaerle de perderlo todo. Pasó de bailar con mujeres que tenían «la voz llena de dinero» a recibir severas cartas de rechazo de los editores cuando les lanzaba el esqueleto de un libro de cuentos. Del Moët Chandon a la cazalla. Del lino al tergal.

Pero todo eso fue también combustión para su escritura. Una escritura plena y poderosa aún por descifrar en buena parte de su alcance, como deja ver el volumen que reúne un conjunto póstumo de ensayos y artículos: *Mi ciudad perdida*, publicado al completo en España por Zut Ediciones a cargo de la profesora Yolanda Morató.

Es este un libro que Scott Fitzgerald dejó armado antes de *palmarla*. En una carta del 2 de abril de 1936 da cuenta del orden de los textos publicados entre los años 20 y 30 del siglo pasado en revistas como *The New Yorker*, *Saturday Evening Post*, *Cosmopolitan*, *Esquire* y *The Bookman*. Pero es esta la primera vez en que sale tal y como lo concibió el autor, lo que hace que más de la mitad de los 18 ensayos o artículos (depende) que dan cuerpo a esta edición sean inéditos en español.

«Este fue un libro que Scott Fitzgerald quiso publicar en el espacio de tiempo que pasó entre dos de sus novelas míticas: *A gran lado del paraíso* (1920) y *El grande Gatsby* (1925)», explica Morató. «Sin embargo, los editores lo rechazaron. El andaba angustiado porque su situación económica volvía a ser precaria y sus títulos no se vendían bien... Pero nadie quería publicar entonces relatos. Todos le pedían una novela... Más o menos como sucede ahora en el panorama editorial español».

Y es que muchas de las reflexiones y asuntos que el autor de *Suave es la noche* aborda en estos folios tienen su avatar en este presente de 100 años después. Sucede con sus impresiones sobre la hipocresía social, sobre el machismo, sobre la felicidad a ultranza de los jacobinos años 20 y los días del jazz, sobre la economía, sobre la sensación de ron-

dar permanentemente el guión que otros han escrito... Dice Scott Fitzgerald: «Comprendí que durante mucho tiempo no me habían gustado ni las personas ni las cosas, sino que sólo seguía la vieja y gustabada pretensión de que me gustaban».

Pero lo que estos artículos también alumbran es la cocina del escritor, la aspereza de su arranque en los ámbitos editoriales, su concepción de la literatura, del oficio de escribir, sus miedos, su angustia, los pliegues ilimitados de su ambición. De algún modo, un Scott Fitzgerald menos amortizado por los lugares comunes de una personalidad con los cantos sobados por el lujo, la palidez del martini, la densidad de las madrugadas, las fiestas interminables, los hoteles de cinco estrellas y los viajes en camarotes de primera.

«Es apasionante encontrarnos aquí con la trastienda ética y creativa de un autor del que hasta ahora no se había investigado a fondo su ideario, a pesar de ser uno de los iconos de la narrativa norteamericana del siglo XX», subraya Morató. Demuestra ser muy consciente de su condición de nuevo rico, lo que apuntala su mirada crítica sobre el momento en que vive. Aquel en el que algunos profesionales del sector servicios se hacían millonarios invirtiendo en acciones sin dejar por eso escapar un gesto arrogante. En el texto titulado *Mi ciudad perdida* —que da título a esta edición— apunta: «Mi peluquero se jubiló tras ganar medio millón en la Bolsa y yo era consciente de que los jefes de camareros que me hacían la reverencia —o que no me la hacían—, cuando me acompañaban a mi mesa, eran mucho, pero mucho más ricos que yo».

Scott Fitzgerald mantuvo siempre, más allá del gusto por hacer de la vi-

da un foxtrot perpetuo, una marcada conciencia de clase. Llegó a la Universidad de Princeton casi por casualidad (qué bien lo cuenta en *Quién es quién y por qué*) y allí apostó fuerte por convertirse en una criatura admirada por todos aquellos hijos de millonarios que encontraban en las excentricidades intelectuales de Francis (y en su alegre capacidad de macerarse por dentro en alcohol) el remedio al tedio de los sábados por la tarde. Pero ya desde entonces tenía asumido que antes o después asomaría el desbarrancadero. Lo deja entrever en *Mi ciudad perdida*: «Mientras mis amigos iban labrándose una vida decente, yo había endurecido mi inadecuada coraza en mitad del proceso [...] Todo se ha perdido salvo el recuerdo».

Una vez consumidos los días de gloria, Francis Scott Fitzgerald y Zelda, su mujer, comenzaron a destruirse lentamente. Fue un derribo mu-

tu. Ella atrapada en la esquizofrenia. Él abatido por el fracaso y el alcohol, vendiendo a los estudios de la Metro Goldwyn Mayer textos al peso. Habían sido felices, pero cuando se vive tanto que hay que pagar *ex-se vivo*, hay algo en el amor como una luz suicida. Ellos cumplieron con este hallazgo de Luis Rosales.

Si la economía doméstica le iba asfixiando escribía artículos duran-

te largas jornadas para remendar el despilfarro de sus excesos. Son algunos de estos que han sido rescatados por la Zut Ediciones (y que salen a la venta la próxima semana) forman parte de ese autoauxilio. Para entonces Budd Schulberg ya había acertado al decir que «su generación consideraba a Fitzgerald más como una época que como un escritor». Y es que estos textos portan también la clave bien descifrada de un tiempo concreto diseccionado en *riguroso directo*: según se vive, según se sufre, según se bebe... Mientras la existencia le aullaba entre las manos.

Pero son pequeños retales de vida que no nacen del arrebato, sino de la concentradísima mirada de un autor que en cada uno de ellos quiere dejar sus impresiones bien armadas. «Con este libro se llevó su juventud a la tumba», ataja la traductora y autora de esta edición, Yolanda Morató.

Y es que *Mi ciudad perdida* no sólo es complemento de una obra, sino hoja de ruta de aquel que se quemó a lo bonzo con pantalones de franela, con esa tristeza helada de los últimos de la fiesta. Quien mejor lo entendió fue aquella otra escritora de existencia torcida, Dorothy Parker, buena amiga de Francis, cuando el día del entierro del autor de *Hermosos y malditos* se acercó al ataúd y le dejó por flor una expresión de complicidad, quizá de amor: «Pobre hijo de puta». Eso fue todo.

Q ORBYT.es

> Vea el análisis de Antonio Lucas sobre los inéditos del escritor Francis Scott Fitzgerald.

«Esta es su trastienda ética y literaria», dice la autora de la edición

En los artículos dejó una visión crítica sobre la hipocresía de su tiempo



CONFESIONES DE UN AUTOR

El 15 de septiembre me informaron por correo urgente de que 'A este lado del paraíso' había sido aceptada. Durante los dos meses siguientes escribí ocho relatos y vendí nueve. El noveno lo aceptó la misma revista que cuatro meses antes lo había rechazado. Luego, en noviembre, vendí mi primer relato a los editores del 'Saturday Evening Post'. Para febrero les había vendido media docena. Después apareció mi novela. Más tarde me casé. Ahora paso mucho tiempo preguntándome cómo sucedió todo aquello. En palabras del inmortal Julio César: «Eso es todo lo que hay, no hay nada más».

De «¿Quién es quién y por qué?»

«Buenos días, señor Fitzgerald», dijo el hombre con gafas de montura de asta, «me han pedido que baje al departamento de edición para que le hable acerca de la escritura. Tengo entendido que recibió 30 dólares por un relato. Pues bien, yo he publicado cinco relatos en el 'Saturday Evening Post' en los últimos 10 años y me conozco el tema de cabo a rabo. No lleva a ninguna parte. Está bien para pescar algo de dinero extra, pero para ganarse la vida no funciona. Debe de estar soñando. Tardaría al menos 10 años en poder empezar. Por el camino se moriría de hambre. Siga mi consejo, deje de escribir y quédese en su trabajo».

De «Lo que me aconsejaron hacer... y no hice»



Ciencia / 48

Cómo salir sano de la Presidencia de un Gobierno

Los especialistas en salud recomiendan a Mariano Rajoy que practique deporte a diario para superar el estrés y la responsabilidad del cargo

Francis Scott Fitzgerald posa con su mujer, Zelda, y su hija, Scottie, en un barco, en 1926. / AP

FRANCIS SCOTT FITZGERALD

Zut Ediciones publica los inéditos de 'Mi ciudad perdida'

Viaje al fondo del escritor